

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 28 de Diciembre de 1899

Núm. 475



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Después del baño.



Acabo de consultar el almanaque y veo por él que cae esta crónica en mal día.

No es día aciago, pero sí es día de inocentes.

Les juro que el descubrimiento me ha dejado pensativo, irresoluto.

Si les hablo en serio, si me ocupo en algún tema trascendental, de esos que ponen muy graves y cejijuntos á todos los *croniqueros* de la clase de Bremones, ustedes van á creer que les tomo el pelo.

Prueba al canto.

Se da como cosa segura en los círculos políticos y ha picado vivamente la curiosidad de los diplomáticos extranjeros, excitando la suspicacia de las grandes potencias, que Sagasta ha decidido tomar una parte activa en los asuntos de la guerra que se riñe en el Africa Austral.

Parece ser que el hombre del morrión y de las caídas monumentales ha propuesto á no sé qué lord, aunque se susurra que es el de las naciones muertas (aquí el teléfono funciona con suma irregularidad), ha ofrecido repito, ponerse al frente de las fuerzas inglesas para maniobrar contra los boers.

Se añade, y no garantizo esta última parte de la noticia, que al saberlo Krüger se ha echado á temblar, y que de tal modo le castañeteaban los dientes, que parecía el viejo *aurífero* un maniqui lleno de cascabeles. En cuanto á Joubert, el generalísimo de las tropas aliadas de Orange y el Transvaal, se ha muerto por cuarta ó quinta vez. El *Office* de Londres recomienda á los súbditos de Su Graciosa Magestad que desconfíen de un hombre que se muere tantas veces y tiene siete vidas como los gatos.

El júbilo reina en Inglaterra. Hasta los pelagatos se llaman ya loro (*esto debe estar mal traducido, ó ser una errata de imprenta*) y hombre rulo (*esto también*) á Sagasta.

Hemos procurado celebrar una *interview* con el ilustre jefe de los llamados liberales, pero mis esfuerzos se acababan de estrellar contra el inevitable é impertinente catarro, clásico y todo, que sigue padeciendo tan extraordinario hombre público, que de golpe se nos ha convertido en celebridad extra-europea.

Un lacayo, á quien hemos podido sobornar mediante el pago de una botella de ojen, nos dice, borracho como unas uvas, que Sagasta se ha encerrado en sus hábitos y se cubrió

taciones, y no quiere ver ni á sus íntimos. Hace poco le anunciaron la visita de Moret y se cubrió todo el cuerpo con una sábana.

No hace más que rascarse la barba y gesticular delante de los retratos de Gladstone y de Cavour.

Bueno, pues como decía: supongamos que yo les suelto notición, y apuesto lo que quieran á que dicen: ¡qué bromista! ¡cómo se conoce que estamos en día de inocentes!

Y sin embargo, bien sabe Dios lo que hay de verdad en ello.

Yo antes también creía que eso de los inocentes era otra broma. Estaba convencido de que no había inocentes en el mundo. El desengaño para mí es horrible. Hoy tengo fe en la inocencia.

Pero... perdón: ya iba á meterme en filosofías inútiles, y fuera yo el inocente entonces.

Tengo un amigo que aprovecha el día para requebrar á las hembras. Se pone tierno, les dice una porción de cosas dulces, y acaba por pedirles un beso.

Si lo logra reclama un abrazo. Y así sucesivamente.

Pero si se le enfadan, exclama riendo:—¡Tonta, si ha sido una broma de inocentes!

Es la inocentada que me ha hecho más gracia.

Yo pienso poner en práctica el sistema, pero de un modo más rápido y expeditivo. Empezaré por abrazar y besar á la dama que me guste, y después cuando ella se ponga hecha una furia, diré:

—No haga usted caso, es una broma del día.

La broma pesada consistiría en que yo les soltase para concluir este otro cuento: Los ingleses han dado una paliza á los boers. Se han hecho amos del terreno y del cotarro, es decir, del oro.

No, nó, conste que ni como broma puede pasar, por lo lúgubre.

Dios quiera que no sea nunca así. Amén.

CLAUDIO UGENA

La Modelo

XIX

Conclusión.

Claudio López aguardó inútilmente en el Suizo á Levia. Estuvo puntual, como acudia siempre á todas partes, reloj en mano, ni minuto más ni minuto menos. Tomó posiciones en las primeras mesas y ejerció el servicio de vigilancia con escrupulosa y nimia exactitud. Pasó una hora; fuése otra tras aquella; dieron las cuatro, las cinco... Claudio no se movía, no pestañeaba casi. Sesenta minutos más tarde, dió las primeras muestras de impaciencia, diciendo:

—¡Armas al hombro! ¡las seis!

Y no se impacientó porque se aburriera esperando, sinó porque cruzó este pensamiento por su imaginación:

—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

Ya lo sabía él: era raro que nadie le ganara en lo de llegar á tiempo; «los españoles de todas clases y condiciones no suelen ser muy diligentes cuando se trata de una cita» — decía, y disculpaba bondadosamente á todos sus amigos. Aquel retraso picaba ya en historia. «Puede uno hacerse el remolón cuando nada tiene que ver con los ordenanzas, pero una informalidad así, debe castigarse en todos los códigos humanos y divinos, ¡armas al hombro!» «¡Las seis de la tarde! Desde las tres á las seis van tres horas» (y contaba por los dedos) «una, dos, tres». ¡Y no se veía de Jorge ni la sombra, ni siquiera llegaba un parte transmitiendo la baja, ó acusando la novedad.

—Nó, pues lo que es él, algo chiflado lo está; pero su desprestigio no llega á tan bajo punto. Debe de haberle ocurrido algo grave.

Impulsado por esta idea llamó, pagó y salió presurosamente á la calle.

¿Dónde iría á buscar al faltón?

Aquello era más grave que buscar en las fragosidades de una sierra al enemigo, ¡armas al hombro! ¿Quién conocía á Jorge en Murcia? ¿Qué diablos de relaciones tenía él en aquella capital?

Echóse á andar nervioso, cada vez más alarmado, sufriendo no sé qué vaga inquietud; veía á lo lejos una figura que se pareciera á la de su amigo y echaba á correr como loco para darle alcance: «¡no era él!» Entró en cuantos sitios públicos halló á mano, y preguntó en los privados, donde su perspicacia le advertía que pudiera tropezar con el perdido. «Nada, ni rastro, ¡armas al hombro!»

Cerca de las ocho de la noche fatigado, con el ánimo alicaído y triste, húmedas las pupilas, se presentaba en el caserío, donde, casi á las puertas de la ciudad tenía su hacienda Antonia, la viuda de Zemprana.

Fué ésta quien notó la turbación del militar; conociale de sobras; sabía perfectamente, por anteriores experiencias, por lo que en él había visto durante la crisis angustiosa que precedió á la catástrofe de su viudez, qué clase de hombre era Claudio López. Conocía el entrañable afecto que le unía á Jorge, y la sequedad de su carácter tan diferente á su espíritu, con el cual se podía jugar como se juega con el alma de un pequeño. El trastorno que descubría en sus facciones y en su lenguaje la alarmó:



LA SAETA

—¿Dónde está Jorge? ¿Qué le pasa á Jorge?—preguntó precipitadamente.

Elena, la prima de Levia, se quedó plantada delante de Antonia; contemplóla fijamente, sintió que le subía una oleada á la cabeza, y gritó:

—¡Oh! ¡Así no habla más que...!

Antonia miró á su amiga con extraña expresión; dibujóse en sus labios una sonrisa triste, y volviendo la cabeza, y agarrando por un brazo al comandante de húsares, replicó:

—Diga usted pronto ¿por qué no viene Jorge? Pero diga usted la verdad, la verdad desnuda. Como si le hablase usted al... al coronel. Secamente.

Claudio López, repuso:

—No lo sé ¡armas al hombro! No le he visto: esperé hasta las seis en el Suizo; le he buscado por todos los rincones... y ni trazas de él ¡armas al hombro!

—¡Mentira!—gritó la viuda de Zemprana.

Y era su gesto trágico, su actitud imponente, de fiera recelosa.

Elena se dejó caer en una silla, presa de horrible desmayo, en que naufragaban todas sus ilusiones de mujer.

—¡Ay, Dios! ¡virgen mía! ¡esa mujer habla de un modo que me asusta!

Claudio estaba como clavado en mitad de la habitación; no sabía qué decir ni á quién atender; aquellas maniobras no eran para un hombre avezado á las prontas y rápidas ejecuciones, mandadas ejecutar con voz de trueno. Sin embargo, por simpatía, por instinto, por lo que fuese, corrió hacia Elena.

—Calma, amiga mía, —dijo— ¡qué armas al hombro! No hay para tanto; ya se le encontrará á ese pillo; y en cuanto se le encuentre... en cuanto se le encuentre...

—¿En cuanto se le encuentre, qué?—gritó Elena, revolviéndose irritada.

—¿Cómo qué? ¡Esta es buena! Le... le... aplasto las narices ¡armas al hombro!

Levantóse Elena, sacudió al pobre milite y añadió, chispeándole los ojos de ira:

—¿Pero no ha oído usted á esa mujer? Habla como... como hablaría la mujer propia, la mujer amante y encariñada con su esposo. Como si Jorge fuera suyo, y nada más que suyo.

Antonia, que después de su última y destemplada exclamación había quedado como absorta en sus pensamientos, al oír las últimas frases, exclamó:

—Mío, eso es, mío, y nada más que mío; bien lo sabe Dios; mío.

—¿Y con qué derecho?—vociferó Elena— vamos á ver, ¿con qué derecho? Al menos declárelo usted. Que se sepa. Mi primo es soltero; usted es viuda. Entendámonos cómo y cuándo ha sido de usted Jorge.

La viuda de Zemprana se adelantó dos ó tres pasos, y era su gesto indescriptible.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Hubo una pausa pavorosa; reinó un silencio imponente, lúgubre; la viuda de Zemprana se dirigió después sin decir palabra á otra habitación, y apareció nuevamente con un mantón sobre los hombros.

—Puesto que usted no sabe decirme lo que le ha ocurrido á mi Jorge—gritó con acento de soberano apóstrofe—no tardaré yo en descubrir donde se halla.

Y desapareció sin aguardar á que Claudio y Elena pudieran reponerse de su asombro.

* * *

En un recodo del camino que tenía que atravesar Antonia para internarse en la población, sentado sobre un pedregal, medio oculto por las plantas de liquen, la cabeza desnuda, los pies metidos dentro del río, que formaba un suave remanso allí, gasticulando y hablando á la luna que resplandecía en la corriente, halló la pobre mujer á Levia. Al pronto no le reconoció, pero su presencia produjo en su pecho no sé qué horrible trastorno. El corazón le dió un vuelco. Electrizada se abalanzó á la triste figura, y ya junto á ella, dió un grito horrible, que á nada osaré yo comparar:

—¡Jorge! ¡Jorge mío!

Levia volvió la cabeza, mostrando en su faz una mueca estúpida:

—¿Eres tú, María Ana? Nó, tú nó; María Ana está ahí, dentro del río; ¡mirala qué hermosa, y qué tierna! ¡mirala cómo viene á besarme los pies! Quita, véte, que no se asuste.

Y levantándose de improviso, cogió la cara de la viuda, la contempló breve rato, y lanzando al fin una carcajada histérica, echó á correr por la orilla del río, profiriendo: « — María Ana! ¡María Ana! »

Las emociones y los arrebatos últimos habían precipitado el proceso que seguía la neurastenia de aquel iluso; el Mal, su eterno enemigo, apagó en su cerebro la llama de la razón con soplo cruel...



J. F. LUJAN



— ¡Arrel jarrel jarrel!

Acíbar y miel

Acaeció que Luisa del Pino, hija única del conde de Tablajares, casó con don Próspero Alvarado, un rico comerciante de embutidos allá en Extremadura, quien, después de veinte años de incansante trabajo, poseía media docena de fábricas y otra media docena de millones muy cabalitos en papel del Estado, acciones de ferrocarriles y numerario en el *Credit Lonnays* de Barcelona.

La ambición suya quedó gozosísima y pagada con aquel matrimonio que le permitía aspirar á un título nobiliario, su sueño de oro desde que se levantó millonario, y el conde padre halló en el yerno un filón explotable durante grande tiempo para dar lustre á la abatida casa de los Tablajares, á quien, de su antiguo esplendor, riquezas y magnificencia, no quedaba más que una fortaleza vetusta y carcomida en el pueblo que daba nombre al condado, castillo almenado con su torre del homenaje, puentes levadizos, charcas cenagosas que un tiempo fueron fosos, y unas estancias inmensas, húmedas y lóbregas como cárceles, de paredes resquebrajadas y sucias, en que los ratones y lechuzas habían venido á ocupar los lugares donde nació y feneció tanto y tanto grave antepasado del actual prócer.

Luisa no llevó á la boda ni corazón, ni sentimientos, ni una partícula de cariño hacia el hombre prosaico á quien aborrecía; y cuando en la iglesia, entre latines, homilias y parábolas, le preguntaron si apetecía por esposo al comerciante en embutidos, ella miró á su padre como demandando su auxilio: mantúvose el título inflexible, centelleándole airadas las pupilas, y Luisita abandonó la tierra en que se olvidaba la caridad, para dirigir sus ojos á una Dolorosa que erguía su cuerpo de madera y ebúrneo rostro en el altar mayor. Luego, aunque bien claro gritaba, sin hablar, *nó, no quiero casarme*, las conveniencias sociales, la educación, el terror al escándalo y á la notoriedad, el miedo á la cólera paterna, todo se unió, conturbando el alma de la niña y obligándole á decir que sí débilmente, si bastante perceptible para que el fraile echara una bendición, quedando el sacramento legalmente garantido delante del altar. De la boda á oír la primera misa, después á desayunar opíparamente los padrinos, testigos y escasos invitados á la ceremonia; y más tarde, en una carroza, mixta de carretela y camión, arrastrada por vigoroso tronco de tordos rodados, los esposos se fueron á una quinta de verano, recién adquirida por don Próspero en la campiña de Tablajares, la cual finca, si exteriormente parecía una caja de dulces forrada de cal y madera, encerraba en su interior muchas cosas atractivas, bonitas y valiosas, distribuidas con elegancia y arte por un tapicero renombrado. Por si algo faltaba, llegó Luisita del Pino de Alvarado, que fué desde entonces la *cosa* más encantadora que se pudo admirar en *villa-Luisa*.

El matrimonio, nacido, no por amor puro y des-

interesado, sino por mutua conveniencia entre un agiotista de honores y un agiotista de operaciones mercantiles, habíase realizado cuatro años antes de los hechos que se han de seguir, y si bien don Próspero tenía tanta adoración y respeto para su esposa como el primer día, ó tal vez más, Luisa, en cambio, odiábale tan de veras, que no había sido suficiente aquel tiempo de trato constante é íntimo, para que ella le concediera un átomo de simpatía en su corazón.

El hombre reclamaba de su mujer cariño, confidencias conjugales, mucha verdad en sus afectos; pero ella, que no hizo más que officiar de actriz en la comedia de su boda, seguía desempeñando el papel delante de gente con tranquilidad de ánimo verdaderamente femenina; y cuando quedaba sola, con Alvarado cerca de ella, en la quinta de marras, se guardaba su careta, borraba la mueca de su sonrisa y volvía á ser la desgraciada Luisa del Pino, caprichuda, displicente y soberbia, subyugada por un ataque de nervios en cuanto se le contradecía ó se quebrantaba alguno de sus imperiosos mandatos de sultana favorita.

El conde de Tablajares trabajaba, en el ínterin, por conseguir una gran cruz para su yerno, pidiéndole dinero de un modo desusado.

Por entonces empezaron á rodar rumores de que el cólera castigaba en España determinados puntos, acordonándose las fronteras, desinfectándose las cárceles, hospitales, manicomios, cuarteles y demás lugares en que hubiera multitud de gente, obligando á hacer cuarentenas á los buques, y dictándose infinitas medidas más, encaminadas á alejar la epidemia de nuestra península.

Sin embargo, la peste, ladina y sutil como asiática de raza, burlando las vigilancias y despreciando los antidotos, se presentó con su traza repugnante arrastrando cadáveres detrás de sí.

Don Próspero recibió una carta del administrador gerente de su fábrica de Z..., noticiándole que allí la enfermedad tenía asolada á la población, muriendo sus operarios á docenas.

El comerciante, en un momento de platonismo, mandó hacer su maleta, se proveyó de enérgicos medicamentos con qué atajar el mal, y presentóse, preparado esto, á su esposa.

—Luisa: —le dijo — me han escrito de una de las fábricas diciéndome algo de lo que ya sabes: que el cólera mata á mi gente de un modo desastroso. No tengo más remedio que acudir á dar valor y fortaleza á mi gente, para lo cual salgo mañana. Como está dentro de lo posible que el contagio me haga caer á mí también, y, quien sabe si moriré, te advierto que en la caja de hierro del despacho hallarás mi testamento. Llévale al juzgado para que sea abierto y, después... acuérdate alguno que otro rato de mí.

Don Próspero tenía, cuando acabó, la voz ronca y ahogada.

—Está bien—le replicó su mujer, sin mirarle.



En la pista.

—Escapo, pues, á dar los últimos toques y á hacer encargos para salir mañana sin falta. No quiero padecer y, por consiguiente, no vendré á despedirme: tu buen talento me disculpará. ¿Me permites que te dé un beso en la frente?

—Estás en tu derecho.

—Cierto: pero ¿tú lo toleras?

—No veo mal en ello.

La besó él rozando sus gruesos labios con la frente alabastrina de Luisa, y sintió un zarpazo de pena allá en su interior.

—Adiós, Luisa; hasta cuando quiera el cólera.

—Adiós, Próspero.

Y no hubo más.

—
Pero cuando Alvarado se alejó, llevado por el ferrocarril, Luisa hizo consideraciones sobre la

digna conducta de su marido en el azaroso trance en que se le colocaba; pensó que era un hombre humanitario; que iba á donde su deber le mandaba, para distribuir dinero con qué comprar pan, mantas, reactivos y medicinas; acordóse del contagio, que no había sido motivo suficiente para detener al desinteresado compañero de su vida, y durante tres días la estuvo martirizando los sesos una idea buena y sana que la hizo llorar de alegría.

Su esposo no era ya el hombre, todo barro, que hacía sumas para aumentar sus arcas con millones y millones, sinó el sér generoso que olvidaba egoísmos para sacrificarse por sus hermanos.

La idea le asedió cada vez más; y una semana después, encargando de *villa-Luisa* á sus fieles criados, tomó una maleta con ropa para quince días y subió en un departamento del tren, en di-



En la terraza.

rección al sitio donde tal vez agonizaba su esposo.

—¿Enfermero él?... — se dijo — pues yo Hermana de la caridad.

—
Allá donde más atacados había, donde los calambres sacudían con más corajina á los infelices operarios, allí estaba Alvarado, aplicando ladrillos calientes, sinapismos y revulsivos, convertido en médico de centenares de hombres que le habían maldecido en ocasiones, cuando el aniquilamiento, resultado del trabajo, les desmayaba, pero que ahora le ensordecían con palabras de gratitud y afecto.

Su encuentro con Luisa fué cosa notable. Esta, que no quiso hablarle para que no la obligara á irse de allí, se encontraba al lado de un colérico moribundo y de la madre de éste, sollozando ambas mujeres porque la enfermedad no cedía, trayendo aparejada la muerte. El comerciante, que vigilaba por todos lados, vió el triste grupo y se acercó.

—¡Fuera de aquí gazmoñas que no sirven más que de estorbol — les gritó.

—Es que se muere mi hijo, — le respondió la madre.

—Márchese, hágame ese favor, y usted, trabaje, haga algo; tráigame la botella de aguardiente alcanforado que está encima del estante aquél. — Esto se lo dijo á Luisa, sin reconocerla todavía.

Su mujer le obedeció dándole lo que pedía, y entonces fué cuando la miró á la cara, abriendo mucho los ojos y retrocediendo espantado:

—¡Tú aquí, Luisa! ¿con venia de quién? ¿Quién te ha concedido licencia? — exclamó, apretando las mandíbulas.

—¡Calla, tonto! ¿No has venido tú? — replicó ella sonriendo.

—Es muy diferente. Anda, mujer; si me amas algo, como parece ahora y lo cual no había creído, márchate á casa de tu padre, á la nuestra, donde quieras; pero lejos de aquí, de este ambiente que envenena.

—He tardado en decidirme, más acordado ya, no me voy aunque me mates.

—Entonces nos marcharemos los dos.

—Tampoco; eso menos. Anda, déjame, — le susurró al oído, abrazándole, — déjame aquí... ¡por que te quiero mucho! Ahora cura á ese pobre.

LA SAEIA

Para el marido fué aquél un momento de dicha que le inundó de gozo, amarrándole la lengua al paladar. En cambio los ojos hablaron largo y tendido.

Inclinó la cabeza, como doblegándose á su destino, y con las manos empapadas en alcohol, frotó, hasta despellejarlos, los miembros ateridos del apestado.

— Esto acabó.

El matrimonio vivió desde la reconciliación una existencia serena y blanda, exenta de sinsabores

y de penas: tuvo varios hijos, de los cuales quien menos medró llegó á magistrado de Audiencia territorial, y todo fué paz y dulzura. Lo único que entristeció durante un año la caja de dulces de Tablajares, fué el fallecimiento del conde, el cual, después de una gira campestre, bebió un vaso de agua helada que le trajo unas fiebres malignas y, á seguida, la muerte. Finó el achaquiento aristócrata de una manera parecedísima á como realizó dicho solemne acto, según los historiográficos, el licenciado rey don Felipe I, apodado *El Hermoso*.

MARTÍN DE LA CAMARA



— ¡Cómo! ¿qu e no salgo á escena hoy? ¡y para eso he perdido tanto tiempo *vistiéndome*?



La voz del abismo

Yo la conozco: á veces resuena en mis oídos
dulce como las mieles de jugoso panal;
hace temblar mi carne y excita mis sentidos;
me brinda con mil goces por mí nunca aprendidos
y me ofrece las dichas del edén terrenal.

¡Cuántas veces soñando llegaron sus canciones
á despertar mi alma cansada de dormir!

¡Y cuántas, cuántas veces, llegaron sus razones
á hacerme en mi camino tener vacilaciones,
y cuantas veces quise su grato eco seguir!

Va acariciando el alma con notas melódicas
que prometen venturas y delicias sin par,
y no nos habla nunca de las marchitas rosas,
de los dolores duros, ni del montón de cosas
que la fatal pendiente pudieran evitar.

Yo la conozco; siempre, como la voz amante
que llama al sér querido, me llama con gran fe,
y yo he seguido el eco y esperado el instante
en que gozar pudiera la gloria delirante;
yo tengo ya en su reino colocado mi pie.

Yo la conozco; el eco de esa voz tan querida
que llega á mis oídos con loco frenesi,
haciendo que anhelante camine en esta vida;
esa voz que no quiere dejar mi alma dormida,
tal vez haga que el vértigo se apodere de mí. !!

RAFAEL RUIZ LOPEZ



— ¡Miren, miren que mamar a los hace el tonto!

Desquite

(Precioso gabinete despacho con mesa de ministro. Pepe entra de la calle, sudando la gota gorda, y sin abandonar el sombrero, revuelve cuanto hay sobre la mesa.)

¡Desdichado de mí! ¡La cosa no tiene arreglo! Tres meses escondiendo la cartera, y al fin el demonio metió la pata. (Busca por todos los rincones.) No me cabe duda, que está en poder de mi esposa. (Tirando nerviosamente de las guías del bigote.) ¡Jesús! no lo quiero ni pensar. La precepción con que salí, hizo que me olvidase... (Husmeando otra vez en la mesa.) Nada... Por más que la busco, no la encuentro. Este es el sitio; aquí, debajo de estos papeles. (Removiendo todos los pliegos.) Cuántas precauciones inútiles! ¡Cuántos desvelos perdidos! (Pausa. Sigue accionando desesperadamente.) Retratos de artistas, amigas, cartas de mujeres casadas, billetes perfumados, todo, todo ha desaparecido. ¡Qué compromiso tan horrible si se enteran maridos, parientes, amantes! Nó, yo no podré resistir este golpe... mi cabeza arde... voy á perder la razón... (Otra pausa.) Si algún criado supiera... ¡A ver! (Llama y se presenta un lacayo.)

—¿Qué manda el señorito?

—Oye, Felipe ¿sabes tú por casualidad quién ha estado trasteando en mi mesa?

—Sí señor, es decir, nó señor, es decir...

—¿En qué quedamos? Habla claro y pronto, ó te rompo el bautismo.

—Señor, yo... no me comprometa usted... La señorita...

—¿La señorita? ¡Ella! ¡Ella, Dios mío!

—Cogió un papel, se enteró de lo que decía; la ví que se paseaba con mucha agitación, y después...

—¡Estoy perdido! (Yendo de un punto á otro desesperado.) ¡Perdido! (Parándose en seco.) ¿Dónde está la señora?

—La señora... salió hará hora y media en compañía de un señor joven, de bigote rubio, alto, delgado...

—No hables más; retírate. (Pepe queda solo otra vez.)

Mi mujer con... con... sí, con Arturo, las señas son exactas. ¡Oh, eso más! Voy en su busca y donde les pille... donde les pille... sí, los mato y hago un pan como unas hostias; porque lo de menos es que se haya enterado la infiel de lo que contenía la cartera... Si por vengarse hacen uso de los documentos, y entregan al marqués, y al banquero... y á... ¡Dios me asista! (Cae anonadado en una butaca. Entra Felipe y le presenta una carta.) Está bien, lárgate... ¿Carta de Luisa? (Leyendo.) «Señor calavera: Hasta hoy fui su esposa, desde este momento me considero libre, y volaré según mis antojos, hágase cuenta que tuvo un pajarillo aprisionado, y le dió libertad.»

(La epístola llevaba una posdata. Pepe se resregó los ojos como si le pasara un velo por ellos. Volvió á leer:)

«Chico, dispensa, pero me tomo el desquite; la partida es serrana, pero según he visto por ciertos papeles de tu cartera, la tuya nó lo fué menos. Tu amigo, Lucas.»

—¿Lucas? ¿Se la lleva Lucas? ¡Oh, Dios mío, y habla de desquite, cuando su mujer es una jamona desdentada, fea, bizca, que no ha hecho sinó escribirme cartas románticas y cursis, dándome citas á que yo no he asistido jamás!



Capricho.



— No dirán ustedes que no he sido discreta.

El campamento más próximo de aquellos lugares, distaba unos cincuenta ó sesenta kilómetros, y dada la apurada situación en que se hallaba, era difícil que los auxilios llegasen á tiempo de evitar la catástrofe. Dos horas de constante fuego hacía, cuando el teniente notó que el negro Kaitón había desaparecido de la fila.

Cuando más encarnizada estaba la pelea, apareció el negro seguido de una sección de infantería, únicos defensores de un fortín, vanguardia de los defensores del campamento.

Al entrar Kaitón en el cobertizo que ocupaban sus compañeros, experimentó una especie de desvanecimiento y de vértigo.

Tendido en el suelo, exangüe, yacía el teniente Sanjurjo acribillado á balazos.

— ¡Es posible! ¡es posible! — exclamó, arrodillándose á la cabecera de su amo. Esta voz penetró, sin duda, en el oído del moribundo, porque movió suavemente la cabeza, exhalando un suspiro, y apretándole la mano le dijo:

— ¡Amigo mío, querido amigo! Sobre mi pecho, y pendiente de mi cuello, encontrarás un medallón: guárdalo, pero júrame que lo has de entregar á Elena, á mi adorada esposa.

En este momento se dispararon las escasas fuerzas del moribundo: apoderóse de él una postración

Kaitón

(RECUERDOS DE LA GUERRA)

Kaitón era un negro que poseía tres mil dollars; era miembro de la Iglesia baptista y había recibido el bautismo de sangre peleando contra las hordas de bandidos que se albergaban en la manigua de los contornos de Caimanera.

El teniente de guerrilleros Amós Sanjurjo, hábalo tomado como asistente suyo, á la vez que como guía, por su práctica en el conocimiento del terreno y la seguridad de andar por todos los vericuetos y atajos de aquellos andurriales.

El poderoso empuje de aquellos cincuenta guerrilleros que componían la partida de Sanjurjo, jamás lo pudieron resistir los insurrectos.

Más de una vez tuvieron que declararse en dispersa y precipitada fuga. Reunidos en un punto dado, se emboscaban allá donde podían, para disparar después, á mansalva, contra nuestras fuerzas exploradoras.

Apenas tomaban éstas la ofensiva contra el enemigo oculto, huían á la desbandada, abandonando hasta las raciones de boca.

Asi llevaban en constante jaque á los contrarios los de Sanjurjo, cuando aquellos recibieron un refuerzo de algunos centenares de hombres capitaneados por el cabecilla Lucero, *cuarterón* oriundo del Kantucky, ladrón de mucha fama por su avilantez y acendrado odio á los *patones*, como ellos llaman á los nuestros.

La lucha fué terrible y sangrienta, con sensibles bajas por nuestra parte. El teniente Amós estaba desesperado; agotados los cartuchos, no le restaba otro remedio que morir, pues dada la superioridad numérica del enemigo, las consecuencias habían de ser desastrosas.

repentina; sus ojos se cerraron y su fisonomía adquirió la sublime expresión de la muerte. Su respiración se hizo lenta y penosa; su ancho pecho se dilataba y se hundía alternativamente con fuerza; murmuró con una voz que apenas se entendía, y murió sonriente.

Seis meses después Kaitón se alistó como grumete en el pailebot *Estrella*, habiendo entregado antes todos los ahorros que constituían su patrimonio, á los hijos del desgraciado Sanjurjo.

JOSÉ SELMA ORTIZ



EN EL SERRALLO — Distrayendo la soledad.

Cañitas

Nos sucede con la vida
igual que con los zapatos,
que cuando uno va mejor
entonces queda descalzo...

Son las ilusiones más
como las olas del mar,
cuando una se deshace
otra se empieza á formar...

Poco vale aquel que duda
de los que mejor le quieren,
si no van sus pensamientos
á donde á él le conviene.

J. ENRIQUE DOTRES



¿Criminal?...

I

Era una noche de invierno. Acababan de dar las tres en el reloj de la torre. En las oscuras y sombrías calles de la ciudad no se oía más ruido que los pasos de algún trasnochador que se retiraba á descansar de las fatigas propias de los que pasan la vida entre orgías y bacanales.

De pronto, el sepulcral silencio que por doquier reinaba vióse interrumpido por la alegre carcajada de una mujer, quien dando el brazo á un apuesto galán, le conducía sin duda á uno de esos repugnantes lupanares que para deshonra de la sociedad actual existen, legalmente reglamentados, en todos los pueblos que se precian de cultos.

—¡Viva el amor, Arturo! — iba diciendo la dama.

—Rosita — respondió el galán, — siento verdadera ansia por llegar á tu casa para despojarte de esas malditas ropas callejeras y estrecharte en mis brazos. Quiero hoy vivir en la ilusión de que eres un ángel...

—Está bien, hombre, está bien. Quieres que te finja un amor romántico, puro, ideal...

—Eso, eso — replicó Arturo embriagado de placer. — Trasládame á regiones desconocidas, al cielo del amor...

—Pues pronto verás cumplidos tus deseos. Estamos cerca.

Así iban hablando, sin fijarse en una sombra que parecía estatua empotrada en el quicio de una puerta por donde debían pasar los dos amantes.

Pero en el momento en que la pareja estaba más ensimismada en su coloquio amoroso, la sombra pareció cobrar vida y movimiento, y mientras su mano fría y helada cogió el brazo izquierdo del mancebo, una voz medio apagada, suplicante hasta la humillación, dijo:

—¡Señorito, una limosna, algo con qué comprar un pedazo de pan para mis pobres hijos!

—Aparta, importuno — contestó Arturo. — No son horas éstas de venirme con lamentos intempestivos.

—Tenga en cuenta, señorito, que no soy uno de esos mendigos que pasan su vida implorando caridad de puerta en puerta. Soy un pobre obrero sin trabajo, y por más que he suplicado al padre de usted que me lo proporcionase en su fábrica, se ha negado rotundamente.

—Razón tendrá para ello. Vamos, déjame, ya te he dicho que no estoy para sermones.

—Es que mis hijos tienen hambre...

—Pues si tienen hambre que coman. Me parece que no estoy yo obligado á mantenerlos.

—Nó, señorito, si no digo eso. Lo que le pido yo, suplicando, es una limosna, una pequeña parte de lo que malgasta usted en orgías ..

—¿Y á ti que te import.. eso?

—Es que estoy resuelto á todo para llevar pan á mis hijos, y no quisiera de ningún modo dejar las súplicas para recurrir á las amenazas.

—¡Ola, ola! — exclamó furioso Arturo. — ¿Amenazas á mí? Pues mira, á orgulloso no hay quien me gane. Te he dicho antes que me dejes, y ahora añado que sea al instante, si no quieres que de un balazo te parta el cráneo.

Y como la mano del obrero parecía pegada á su brazo, apartó el de Rosita que le sujetaba el otro, y sacó un revólver del cinto.

Al ver el arma el obrero, se precipitó como una fiera encima de Arturo, y apoderándose de ella, disparó á quemarropa, dando el proyectil en el empedernido corazón del calavera, quien cayó en tierra sin vida y sin pronunciar una sola palabra.

La mujer desapareció como por encanto, y el obrero, después de tomar algunas monedas de oro que guardaba en el bolsillo su víctima, huyó á pasos agigantados del sitio en que, según las mismas leyes que reglamentan la prostitución, acababa de cometer un robo y un asesinato.

II

A la media hora, Juan, que así se llamaba el obrero que mató en legítima y natural defensa al acompañante de Rosita, entraba en una habitación donde hacía algún tiempo que había sentado sus reales la miseria.

Un colchoncito donde descansaban dos hermosos niños, cuatro sillas de paja y una mesa de madera blanca, eran los únicos muebles de aquella habitación.

La esposa de Juan estaba, en el momento en que éste llamó á la puerta, contemplando los rostros angelicales de los dos niños que dormían plácidamente. Al verle entrar se arrojó en sus brazos, y con voz resignada, pues ni una palabra de reconvención había salido de sus labios durante los cinco años que llevaban de matrimonio, le dijo:

—¿De dónde vienes, amigo mío?... ¡Toda la noche esperandol... ¡Si supieras cuánto he sufridol...

—Perdóname, Teresa—contestó Juan.— Mis deberes me han retenido lejos de ti... Nuestra situación no podía continuar por más tiempo .. ¡Tres días sin probar bocadol... ¡Nuestros hijos pidiéndonos pan!..



— ¡Qué mal fingimos el mareo, hijas!

— Porque no hay á bordo ningún marinero.

LA SAETA

—Tranquilízate. Dices eso de un modo que me asusta... Ese acento...

—Nada, Teresa mía; he trabajado mucho y el cansancio tal vez..

—¿Has trabajado? —replicó con dulzura Teresa.—Y yo, ingrata, que llegué á dudar de tu cariño... Pero siéntate, vendrás muy cansado... Lástima que... No tenemos para descansar más que estas cuatro sillas... ¡ni cama! Pero, mira, estoy tan bien á tu lado que no he sufrido lo más mínimo... ¿Y tú, esposo mío?... ¡No has dado aún un beso á nuestros hijos!... ¡Ah!... Sólo para ellos debes trabajar... Anoche, no estando tú en casa, Raimundo no quería acostarse sin cenar... tú ya sabes que yo no tenía ni un pedazo de pan.. Suerte que una vecina le llamó y le dió un buen mendrugo que repartí entre él y nuestra Mercedes... ¡Si hubieras visto con qué apetito lo destrozaron!...

—Basta, esposa mía; pasaron esas amarguras. Toma estas monedas, y cuando no te quede más que una, avísas; yo te proporcionaré más.

—¿Qué es esto?—dijo admirada Teresa.—¿Oro? Juan, trabajando una noche tú no has ganado legalmente ese dinero... El juego quizás... Pero, nó... ¿qué veo?... Estas monedas están manchadas de sangre ..

—¿De sangre?

—¡Sí, desgraciado, de sangre!...

—Pues bien — respondió Juan lleno de cólera. — Sí.

—¿Qué has hecho, Juan?

—He apurado todos los medios imaginables á fin de encontrar una ocupación que me proporcionase honradamente el sustento necesario para nuestros hijos, y los que podían complacerme me han arrojado ó poco menos de su lado... Me he humillado hasta pedir limosna, y el infame á quien se la



— Llegué, me vieron y vencí

he pedido quería partirme el cráneo... ¿Qué hacer, esposa mía?... Tú misma acabas de decirme que nuestros hijos tienen hambre, y cuando los hijos tienen hambre, los padres tienen el deber de mitigarla... ¿Qué me importa á mí la vida de un hombre comparada con la vida de mis hijos?...

Así hablaba Juan cuando se oyeron dos golpes recios en el exterior de la habitación.

Abrió la puerta y su semblante quedó lívido al encontrarse frente á frente del juez, quien venía acompañado de dos serenos, y el cual le dijo:

—En nombre de la ley, dése usted preso.

III

Han transcurrido ocho meses. La aurora empezaba á despuntar en Oriente. En la puerta de la cárcel había una multitud de mujeres y niños harapientos, llorando las primeras, y jugando los segundos

Era día de *conducción*. A las siete presentóse un escuadrón de la guardia civil que entró en la cárcel, saliendo á los pocos momentos custodiando á los presos que aquel día marchaban á presidio para cumplir su correspondiente condena.

Entre los presos destacábase la figura de Juan el obrero, quien para propor-

cionar pan á sus hijos, había sido condenado á catorce años y un día de presidio mayor.

Al salir de la cárcel su mirada se dirigió al grupo de mujeres, entre las cuales distinguió á Teresa, quien, con la pequeña Mercedes en brazos y dando la mano á Raimundo, parecía la Virgen de los Desamparados.

Diéronse los esposos el último ¡adiós! y mientras Teresa, triste y llorosa, besaba á sus desventurados hijos por la adversa suerte que ya desde niños les perseguía, Juan se alejaba, se alejaba, volviendo la cabeza atrás á cada paso, con los ojos humedecidos de lágrimas, y caminando como beodo á quien los vapores del vino no permiten afirmar los pies.

Un cabo le avisó dándole un culatazo, y el pobre presidiario, que había perdido ya de vista á los suyos, crispó los puños y dijo enérgicamente:

—¡Adelante!

CARLOS URANO LEBEJA

Las mamás del coro

La escena pasa en los corredores de un teatro.

DOÑA ANDREA.—¡Purita! ¡Purita!

PURA.—¿Qué quiere usted doña Andrea?

DOÑA ANDREA.—¿Tiene usted espíritu?

PURA.—Qué, ¿ocurre algo?

DOÑA ANDREA.—Ay, nó, hija, gracias á Dios; pido espíritu de vino.

PURA.—¡Ah, vamos! Si, señora; ahora se lo llevará mamá.

DOÑA ANDREA.—Es que á ésta se le ha evaporado el de la maquinilla y no puede rizarse el pelo.

PURA.—Si, sí; voy á acabar de vestirme. (La madre de PURA sale del cuarto de ésta y pasa al de LOLA).

DOÑA IGNACIA.—¿Se puede?

DOÑA ANDREA.—Pase usted, doña Inacia, y usted disimule.

DOÑA IGNACIA.—No hay de qué; tenga usted el espíritu.

DOÑA ANDREA.—Gracias, es que ésta es más dejada...

LOLA.—Figúrese... hemos venido deprisa porque era tarde.

DOÑA ANDREA.—¿Y por qué era tarde? Porque después del ensayo te se antojáo marcharte con la Filo, él de la Filo y ese aburrido de Pepe á comer quisquillos y beber montilla.

LOLA.—No he podido excusarme...

DOÑA ANDREA.—¿Nó, eh? ¿Quién ha pagado?

LOLA.—Pepe.

DOÑA ANDREA.—¿Ves? Más hubiera valido que ese dinero se hubiera gastado en casa, y no derrochándolo por ahí.

LOLA.—¡Yo que iba á hacer!...

DOÑA IGNACIA.—Tiene razón la niña, hay ocasiones...

DOÑA ANDREA.—Calle, calle; ya quisiera yo que mi niña fuera como la de usted, que siempre mira para la casa.

DOÑA IGNACIA.—Eso sí, es una alhaja. No la verá usted en juergas ni comilonas; pero, en cambio, tiene buena ropita blanca y juegos de cama.

DOÑA ANDREA.—Nó, si como juegos de cama, también los tiene ésta; pero es muy descastada y no la duele el dinero que se tira.

DOÑA IGNACIA.—La verdad es que mucho de ese dinero haría buen arreglo en una casa.

DOÑA ANDREA.—¡Digamelo usted á mí!

DOÑA IGNACIA.—Si, á usted se lo digo: ahí tiene usted sin ir más lejos, vamos, sin salir

del teatro, al abonado ese á la platea, que se está gastando un riñón con la tiple.

DOÑA ANDREA.—Ah, sí, don Juanito; anduvo tras de ésta.

DOÑA IGNACIA.—¿Qué me cuenta usted?

DOÑA ANDREA.—La verdad, y si ahora está con la tiple, ha sido porque esta pava le despreció.

DOÑA IGNACIA.—Hizo mal.

DOÑA ANDREA.—Eso pienso yo, porque las

ocasiones se presentan pocas veces y esa era de primera... Nada mire, usted, creo que es un hombre poco exigente.

DOÑA IGNACIA.—Pues lo que es con la Ruibarba, no sé qué saca.

DOÑA ANDREA.—Lo que meta; vamos, quiero decir que como es tan interesado, si él no es espléndido...

DOÑA IGNACIA.—Lo que es ella, á mi no me gusta, no sé cómo le puede gustar á ese hombre, porque ¡mire usted que tiene una voz!...

DOÑA ANDREA.—Bueno, pero es que él no la querrá para cantar.

DOÑA IGNACIA.—Si fuera la hermana; esa ya es otra cosa, ¿ha visto usted qué chiquilla más desarrollada?

DOÑA ANDREA.—Es que tiene más edad que la que dicen.

DOÑA IGNACIA.—Nó, señora; unos dieciocho años.

DOÑA ANDREA.—Más; porque mire usted, el último hombre que se le ha conocido á su madre fué aquel bailarín de *Capellanes* y él se quedó inútil el año setenta y tantos de resultas de un mal paso.

DOÑA IGNACIA.—Yá, y ese ¿es el padre?

DOÑA ANDREA.—De esa, si señora. De la otra, de la tiple, fueron un señor muy rico y un novillero que toreaba en los *Campos Eliseos* entonces.

DOÑA IGNACIA.—¡Cómo! ¿los dos?

DOÑA ANDREA.—Si; porque el asunto no se ha puesto en claro. Los dos reclaman.

DOÑA IGNACIA.—Ha debido correr mucho.

DOÑA ANDREA.—¡Digo! Yo la conocí en Bilbao cuando iba de partiquina y estaba liada con un trombón.

DOÑA IGNACIA.—¡Lo qué son los años!

DOÑA ANDREA.—¡Calle usted! Yo recuerdo que, cuando joven, tenía los hombres así...



Posición académica.

LA SAETA

DOÑA IGNACIA.—¿Cómo?

DOÑA ANDREA.—A puñáos, y ¡qué tiempos aquéllos! No eran como ahora, porque estas hijas...

DOÑA IGNACIA.—Ya hacen las pobrecillas todo lo que pueden... y algo más...

DOÑA ANDREA.—Nó, de lo que me lamento es de la suerte; aquí tiene usted á mi Lola, me parece que no es despreciable, usted bien sabe las formas que tiene y lo cariñosa que es para el trato.

DOÑA IGNACIA.—Sí.

DOÑA ANDREA.—Pues ya ve usted: ahí la tiene loca, perdida por ese hombre, que es...

LOLA.—Mamá, deja en paz á Pepe.

DOÑA ANDREA.—¡Que le deje, que le deje! ¡Tú si que debías dejarle! ¿Para qué te sirve?

LOLA.—Para lo que otro cualquiera.

DOÑA ANDREA.—Para darte desazones.

LOLA.—Pues yo le quiero.

DOÑA ANDREA.—Haces mal.

DOÑA IGNACIA.—Déjela usted, que ya sabe lo que es una mujer cuando se *chifla* por un hombre. Ya ve usted á mi hija, que mejor no puede ser: pues la tiene usted cada quince días enamorada de alguno.

DOÑA ANDREA.—Porque es también demasiado bondadosa; ya verá usted que fin van á tener.

DOÑA IGNACIA.—Y diga usted, hablando de otra cosa. ¿Ha visto usted la pieza nueva?

DOÑA ANDREA.—¿Qué pieza?

DOÑA IGNACIA.—Una, que han leído el otro día.

DOÑA ANDREA.—Nó, ¿sabes tú algo, Lola?

LOLA.—Sí, me han dicho que es una revista.

DOÑA IGNACIA.—Las niñas tienen que desnudarse tres veces.

DOÑA ANDREA.—En la revista?

DOÑA IGNACIA.—Sí, señora; lo que es esa noche se la pasan desnudas.

DOÑA ANDREA.—Claro, ¿y los trajes?

DOÑA IGNACIA.—¡Un horror! El primero es de mallas con tonelete y un gorrito; el otro con mallas y sin gorrito, y el último sin tonelete.

DOÑA ANDREA.—¿Con las mallas solas?

DOÑA IGNACIA.—*Cuasi*, porque una gasita que sacan *rodeá* así, por semejante parte, no es nada; dice el sastre que con una cuarta para cada una tiene bastante.

DOÑA ANDREA.—Según la que sea, porque

mire usted que hay algunas por *ahí* que son exageradas.

DOÑA IGNACIA.—¡Ya! Lo dice usted por Amparo.

DOÑA ANDREA.—Justo, esa y otra.

DOÑA IGNACIA.—¡Qué autores! Ya no saben qué escribir. (*Suena un timbre*). Ea, me voy, que va á empezar el acto y está mi hija en el cuarto con unos abonados.

DOÑA ANDREA.—¿Nos iremos juntas?

DOÑA IGNACIA.—Yo sí, iré con ustedes; mi Pu-a, no sé.

DOÑA ANDREA.—Pues, hasta luego.

DOÑA IGNACIA.—Vaya adiós.

AGUSTÍN
R. BONNAT



Un alto en el desierto.



Ensayando una actitud trágica.



MISCELANEA



IMPORTANTE

El número próximo es el **EXTRAORDINARIO**. Creemos que puede recomendarse con toda sinceridad al público; nuestros lectores hallarán en él un texto de amena lectura y escogida. El siguiente sumario da una ligera idea de lo que contiene:

La víspera de Reyes, por Clak. — Un pretendiente (poesía), por L. Mendo. — Vergara, por B. Pérez Galdós. — El alcaballero (poesía), por E. Pérez Escrich. — La de Geltre, por J. F. Luján. — De balcón á balcón, por Roberto Robert. — La limosna (poesía), por Carlos Samuel. — Diálogo callejero, por Agustín R. Bonnat. — Cañitas (poesía), por J. Enrique Dotres. — Idilio de una noche, por Claudio Ugena. — La Conciencia (poesía de Victor Hugo), por V. W. Querol. — Veintiún día de pueblo, por Enrique Gaspar. — Las Mujeres, por Guillermina Stock. — La confesión de un diablillo, por Narciso Oller. — Lo de siempre, por Carlos Ría Baja. — Pepito Regaliz, por F. Cuenca Pi. — Miscelánea. — Profusión de ilustraciones artísticas intercaladas en el texto, láminas, retratos de los insignes novelistas GALDOS y OLLER, y cubiertas elegantes tiradas por el nuevo procedimiento de la tricromía.

Repetimos que esto no es más que un breve resumen; hemos puesto especial cuidado en combinar un número literario digno de competir con los primeros de su indole (y perdónesenos la inmodestia), regocijado, y alegre, y culto á la vez.

Vale 50 céntimos para los compradores y 40 para los corresponsales; pero resulta regalado.

Una joven regañó con su novio, que era calvo, y se devolvieron todos los regalos y cartas.

—Sólo siento una cosa, le dijo ella.
—¿Cuál? interrumpió él cándidamente.
—No poder devolver á usted el pelo.

CHARADA

Por fin, pasaron las fiestas
y mi Director me manda,
que para el presente número
le redacte una charada.
Dos grima cuando uno piensa
lo que el destino nos guarda;
Prima dos vez que me acuerdo
se me han de saltar las lágrimas...
Tres á mi madre contenta
otros años por las Pascuas,
y hoy ya *Todo...* ¡Pobrecita,
quién pudiera contemplarla...!
Y como me he puesto triste
y molestará mi plática,
me retiro por el foro
al terminar la charada.

MORENO.

Acertijo

● ● ● ● ●
Cambiar los puntos por letras de manera que, leídas de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, resulten tiempos de verbo.

ANDRÉS DONATO PÉREZ

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8—Nombre de varón.
4 3 1 2 6 7 2—Ciudad.
1 2 4 8 6 2—Nombre de mujer.
4 2 6 8 6—Título de una ópera italiana.
1 2 6 2—Animal.
1 8 6—Bebida.
4 3—Nota musical.
5—Vocal.
6 8—Negación.
1 3 6—Rio.
1 8 4 2—Ciudad extranjera.
1 8 6 7 2—Villa de Málaga
4 8 1 2 6 8—Apellido de un aplaudido actor.
4 3 1 2 7 8 1—Punto elevado.
4 3 6 7 2 6 2 8—Pueblo filipino.

UN RUBIO.

Jeroglífico comprimido

2 pa 2

PEDRO N. ARROYO.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Ca-be-za, A-ri-za.

TRIÁNGULOS COMBINADOS: I MARTIN
AS ARIES
ANA RITA
ACAB TEA
ANA DE IS
ISABEL N

SOBRE LOGOGRÍFICO: Teodororo Ventero
Pontevedra

A. D.
Pedro Potentado
Trapero

Andorra.

CHARADAS RÁPIDAS: Cabeza. Casino. Adelfa.
Cacatúa. Academia. Canoa. Adela.

Correspondencia

D. M. — D, e... de. M, e... me. Bueno, pues le doy, le doy... calabazas. Ni siquiera debí usted presentarse á examen.

R. V. del P. — No quisiera contestarle á usted; no le hab'ía contestado desde luego, á no haber buscado usted recomendaciones para esta respuesta. ¡Hasta para eso se necesita en España influencia! En fin, lamento que haya cansado á un amigo de usted y mío, y después de cumplir con esta forma política, para usted sólo, añado: ¡vaya usted mucho con Dios!

Zeta. — ¿Zeta? La última palabra del abecedario. Ha escogido usted con mucho acierto el pseudónimo.

N. del C. O. — ¿Cómo sabe usted que la luna está ojerosamente enamorada del sol? Sería curioso describir los trabajos y las formas cabalísticas que habrá usted puesto en práctica para llegar á descubrimiento tan feliz.

M. G. A. — Algo confuso aquel pasaje del toro que embiste contra el caballo. Si el soneto no fuera modernista eso lo entenderíamos todos perfectamente, pero así no sé donde está el símbolo; he pasado una hora entera buscándolo como quien descifra un geroglífico, y con franqueza, no he dado con la solución.

S. F. — Está bien. Lo publicaré luego que haya lugar.

Un español. — Llegó tarde; pero en cambio va otra cosa, que aun me gusta más; en cuanto lo recibí quedó apartado para ese destino, y le advierto que ni que lo hubiera escogido usted. Gracias por todo.

D. G. F. — Es que estos días ando muy atareado y no puedo dedicar á este examen todo el tiempo que yo quisiera. Sin embargo, he visto sus composiciones y resultan flojas, flojísimas, aunque regularmente versificadas. Veremos si en otra prueba es usted más feliz.

N. O. B. — Adelante con esa «égloga pastoril».

«Salí yo al campo
una mañana en que lucían las estrellas;
blancas como el ampo
de la nieve tan blancas como ellas;
y allí encontré á Eleonora,
diréis, ¿era una pastora?»

No, que era una señorita,
tan brillante como la aurora
y tan sencilla como una gatita.»

Bueno, ¿por qué llama usted égloga, y además pastoril, á ese disparate? Ahí anda la nieve, el ampo la blancura, la gata y las estrellas en tan horrible confusión, que de todo hay menos pastoreo. Lo único que se le aproxima es lo de que salió usted al campo; pero aun así iría usted á pastar, á comer verdel

R. V. S. — Aceptado.

N. S. — *Rinconete*. — A. C. P. — J. G. — T. P. — A. M. F. — *Musa*. — P. G. H. — *Ehor*. — A. A. A. — No puedo complacerles.

Quedan muchas cartas sin contestación. Concluidas las atenciones del Número extraordinario se atenderá á todo el mundo.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ **PARIS**

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
AÑO.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

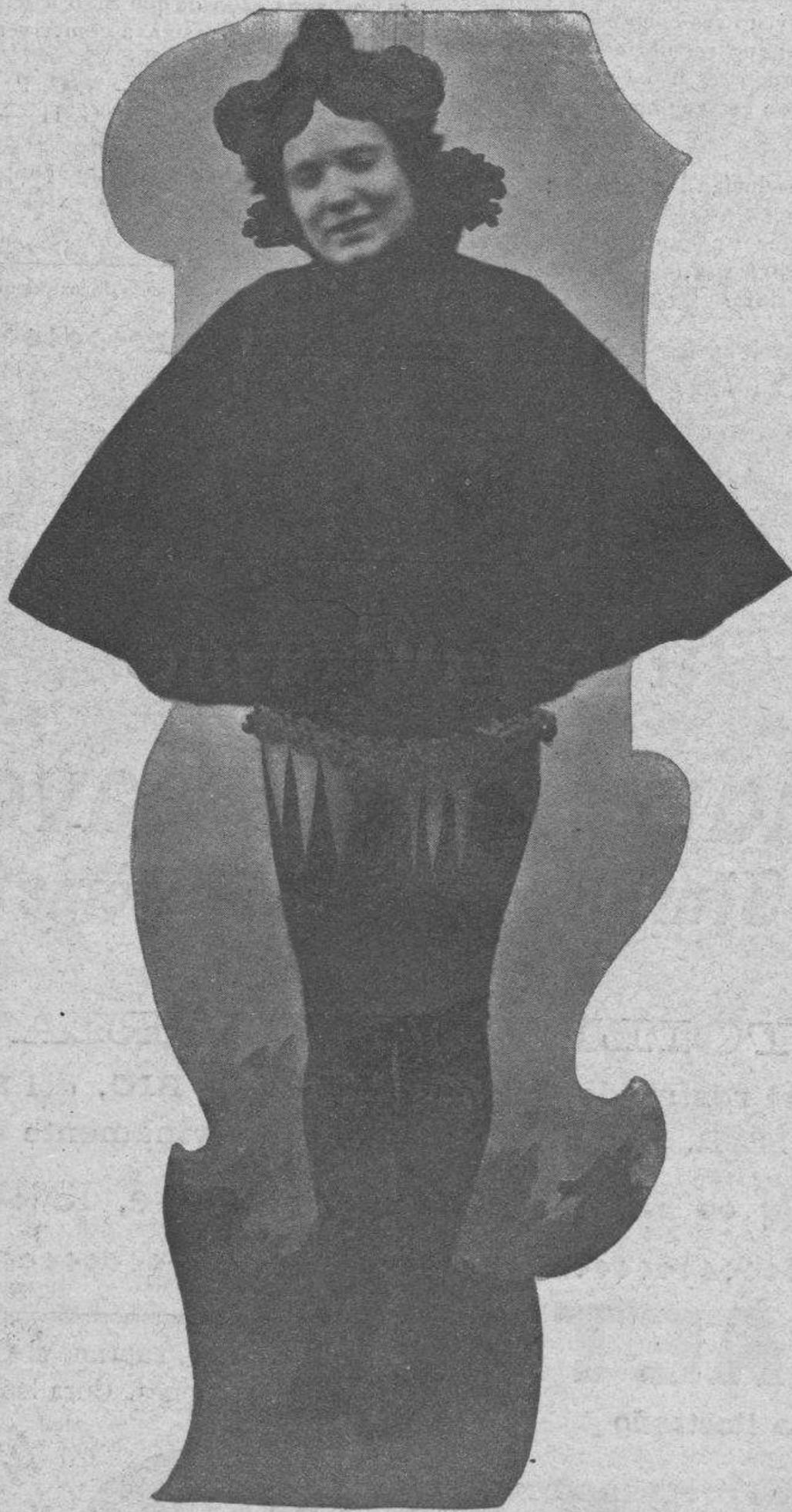
Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.



Acuérdense ustedes del NÚMERO EXTRAORDINARIO